

silencio creyendo reconocer en él á uno de los suyos, ¡al primero entre ellos!

El hombre pasó por entre los soldados, se detuvo ante el poste y leyó la orden. Tuvo luego un momento de vacilación, como si dudase, y enseguida, con gesto formidable, derribó el poste en el fango del camino exclamando al mismo tiempo :

— El rey vale más que su ministro; esta indignidad no es suya.

El perro ladró, como si aprobase.

La cosa había pasado en menos tiempo del que se precisa para contarle.

Cuando las gentes de armas se lanzaron con la pretensión de detener al criminal era ya demasiado tarde, Los truhanes, entusiasmados, se lo llevaban en triunfo hacia su guarida, gritando hasta enronquecer :

— ¡Viva nuestro Coesre!

— ¡Viva nuestro rey!

— ¡Honor al bravo Gaultfarault, que vuelve con nosotros!

Precisamente á aquella misma hora en el Hotel de Villanueva-Marsán se celebraba con gritos idénticos el retorno del gran marqués.

Uno solo de los truhanes, Nataniel, callaba y parecía pensativo. Él conocía quizás como ninguno la cobardía personal que era la característica del rey de Thunes, y además parecíale reconocer al perro.

— Gaultfarault no es capaz de hacer lo que ha hecho ese hombre; ¡oh, no! — pensaba. — Pero entonces ¡por las cuarenta esposas! ¿quién es ése?

## VII

## EL MAGO ROJO

Contaba entonces Eurique III veinticinco años. Era de buena estatura y agraciado rostro; pero ninguna cualidad moral acompañaba á las físicas para hacer un conjunto simpático.

Educado bajo la vigilancia de Catalina de Médicis que fué la corruptora de sus hijos, como lo fuera de casi todos los gentileshombres y damas de la corte, el joven príncipe hubo de acostumbrarse desde su edad temprana á buscar sus placeres en la depravación de las costumbres italianas.

No era un imbécil, ni mucho menos. Poseía por el contrario una inteligencia muy despierta y desarrollado en alto grado el don de la comprensión; pero tales felices disposiciones quedaban casi anuladas por su inclinación manifiesta á la intriga y á los sordos menejos en que la astucia entra como factor esencialísimo.



Era de una indolencia á toda prueba, y caprichoso además, y voluble como una damisela. Supersticioso y libertino, instaló con él en el trono de Francia los principios políticos de César Borgia y de Maquiavelo; la vergonzosa hipocresía de una falsa devoción, la molición de los reyes perezosos, y las depravadas costumbres del bajo imperio.

La vida privada de este degenerado que despreciaba á la mujer y que manchó el trono de San Luis tolerando en él infames promiscuidades, fué un espectáculo vergonzoso en aquella época en que Francia hallábase sacudida por las convulsiones de su trabajo de gestación de la libertad de conciencia.

Rodeado continuamente de sus miñones, actor y espectador á la vez en continuadas escenas de orgía y de asesinatos, complaciase en organizar indecentes mascaradas con pretexto de prácticas religiosas, é instituía cofradías de penitentes, peregrinaciones y retiros. Con el mismo placer, con igual entusiasmo asistía á una procesión que á la ejecución de un reo. Tanto una como otra eran para él un espectáculo.

Una de sus diversiones predilectas era la que le procuraba el disfrazarse de mujer; y Maugiron, subintendente del regio guarda-ropa, habría podido afirmar que el vestuario femenino del último de los Valois estaba muy por encima, en punto á refinada elegancia, de los de las más célebres coquetas.

Muy á menudo confinábase en sus habitaciones particulares, á modo de príncipe oriental que se refugia en su harén, y dedicaba todo su tiempo á minucias de

tocador, á refinamientos de toaleta que no se le habrían ocurrido á ninguna cortesana.

Depilábase en absoluto todo el cuerpo, se perfumaba, se adornaba y ponía tal afectación en la conservación de su belleza, que nunca se entregaba al sueño sin cubrir el rostro y las manos con una piel especial destinada á conservar la frescura de la epidermis.

Si como hombre valía poco, como rey era Enrique III una soberana nulidad.

Indiferente á las ideas que se disputaban la posesión del mundo y ganoso tan sólo de que le dejasen gozar tranquilamente de sus placeres, había puesto fin el año anterior á la guerra entre católicos y protestantes acordando á estos últimos algunas concesiones, que debían ser causa de que resurgiera la facción de los Descontentos, de la cual nació la Santa Liga.

Enrique III, como todos los degenerados, no sabía ejercer un acto de fuerza más que en los momentos en que la cólera ponía un carmín pasajero en sus mejillas cargadas de afeites. En realidad no le faltaba cierto valor, como tampoco cultivado ingenio; sin embargo, la sangre italiana que en sus venas se mezclaba á la de los Valois, inspirábale una credulidad supersticiosa, que llegaba en ocasiones hasta la aberración.

La influencia del tiempo entraba por mucho en su pequeñez de espíritu.

Conviene no olvidar en efecto, que desde el reinado entre bastidores de Nostradamus y de Ruggieri llamados á Paris por la Médicis, cada uno de los grandes señores entregábase más ó menos abiertamente á la con-



sulta de horóscopos, al inocente interrogatorio de los astros y á las más odiosas palingenias con entrañas de animales muertos, con la esperanza de obtener por tales procederes la ruptura más ó menos completa del velo misterioso corrido sobre lo porvenir.

Era aquella la época de los libros mágicos, de las cábalas y de los astrólogos. ¿Cómo substraerse al movimiento iniciado por las tres personas más visibles del reino? Imposible. Ello hubiera equivalido á desaprobar su conducta. Lo lógico era pues imitarlas y combatir con armas iguales.

De entre el ejército de magos de pacotilla empleados en guerrear por sus amos ó amas con ayuda de filtros, figuras de cera y círculos mágicos, sólo tres, figuras de primera magnitud, podían exhibirse en las calles de París en pleno día.

Era el primero de ellos Mammout el Rojo, así llamado porque vestíase de escarlata, lo mismo que el verdugo. Tenía casa en la ciudad y habitación en el Luvre, porque desempeñaba cerca del rey las funciones de mago.

Venía luego Abou-Nadarah, astrólogo de Catalina y sucesor de Ruggieri, quien podía entrar á todas horas en el palacio de Soissons y salir de él por una puerta reservada recayente al ángulo de las calles de Viejas Estufas y San Honorato.

Por último, el tercer personaje era Salem-Kebir, físico del gran canciller marqués de Villequier.

Salem-Kebir poseía una casa de su propiedad en la misma calle de las Viejas Estufas, en la cual habitaba

en compañía de Fiamma, su vidente, y nunca pisaba el Hotel de la Cancillería situado en la calle de la Austruce, porque el señor de Villequier guardaba en él celosamente una adorable criatura de diez y siete años, Jannie de Goulaine, hija suya de adopción, y por la cual alimentaba, al decir de las gentes bien enteradas senil pasión de tutor con pretensiones de enamorado.

El lector conoce ya, aunque superficialmente, á estos dos últimos brujos; sólo el primero le es aún totalmente desconocido.

Los tres eran de elevada estatura, y cada uno de ellos parecía animado de odio feroz contra sus dos competidores. Marchaban siempre inclinados, envueltos en amplias hopalandas, rojas las de Mammout, negras las de los otros dos, y cubiertos los semblantes por un velo.

Decíase de ellos que gozaban de igual valimiento; y si no era difícil encontrarlos á pocos pasos de distancia unos de otros, jamás se les vió juntos.

Los que presumían de bien enterados aseguraban que los tres magos tenían interés en evitarse mutuamente para retardar todo lo posible la explosión que fatalmente resultaría del choque formidable de su mágica trinidad.

Una particularidad chocante, y sin duda alguna única en su género, en los fastos de aquella época de religiosidad á todo trance, es que los tres personajes de quienes hablamos habían llegado de países orientales y practicaban el culto de los sectarios de Mahoma.

¿Cómo ese trío exótico y pagano había podido insta-



larse en la corte del hijo predilecto de la Iglesia católica, y cómo, sobre todo, habíase arreglado para adquirir un verdadero poder dominador?

En realidad, la génesis de su entrada en escena tenía algo de maravilloso.

Unos diez y ocho meses antes de la fecha de que hablamos, y en ocasión en que los arqueros de guardia en la puerta Bordelle se lanzaban en persecución de un jinete de quien se decía ser un conspirador llegado de España, el rey, la reina madre y el ministro del real sello daban audiencia á la misma hora, y cada uno en sus respectivas habitaciones, á un mago extranjero.

El primero había dicho al rey:

— Señor, ocupáis puesto tan alto que no os es posible ver las facciones que á vuestros pies se agitan. Vuestros peores enemigos no son precisamente los que os combaten cara á cara; para conocerlos, para desenmascararlos, necesitáis, no de esos espías siempre dispuestos á venderse al mejor postor, sino de un hombre incorruptible que sepa leer en el pensamiento. Si deseáis no ignorar nada, yo, Mammout, haré por vos de cada cráneo un templo de cristal.

El segundo habíase expresado así delante de la Médicis:

— El estudio de los astros no ha engañado jamás á vuestra majestad. Para que la madre del rey pueda reconquistar el poder que ejerció en el corazón de su hijo, para que consiga substraerle á sus fatales distracciones, necesita el concurso de un nuevo Galpotti. Leyendo en el gran libro del firmamento, única ciencia

verdadera, es como puede llegarse á reglamentar los acontecimientos de este mundo.

Por último, Selim-Kebir ofreció al marqués de Villequier fabricar para él unos polvos de juventud que habían de devolverle las perdidas fuerzas, haciéndole agradable á los ojos de su pupila.

Y esto bastó para que los tres magos fuesen aceptados. Luego, unos cuantos consejos fáciles, dados con oportunidad, acabaron se consolidar su reputación.

Una de las especialidades de los tres brujos, especialidad en la que cada uno de ellos parecía sobresalir, era la de espiar á conciencia cuanto hacían los otros. Así Catalina era enterada diariamente, por conducto de los astros, de lo que la víspera habíase dicho y hecho lo mismo en el palacio de su real hijo que en el Hotel de la Cancillería; el rey conocía á su vez todo lo referente á su madre y á su ministro, á las mismas horas, por boca de su adivino, y también á las mismas horas el señor de Villequier, llevando un poco más lejos el arte quimérico de comerciar con los espíritus, hacíase revelar los misterios del Luvre y del Hotel de Saisons interrogando á los arúspices, como hubiera podido hacerlo en Menfis ó en Delfos algunos años antes.

; Cosa verdaderamente extraña, debida sin duda al antagonismo de los flúidos! Eran muchos los casos en que la sangre de las víctimas no facilitaba á Salem-Kebir más que revelaciones falsas de toda falsedad; en que Abou-Nadarah se engañaba acerca de la relación entre las diversas constelaciones, y en que la doble vista de



Mammout el Rojo no lograba distinguir ninguno de los hechos que debían ser revelados.

Un hombre avisado, puesto al corriente de tales errores diarios, habría deducido del estudio de los mismos que la trinidad cabalística parecía entenderse para engañar á sus amos y empujarles insensiblemente hacia el precipicio que á sus pies iba abriendo la facción, cada día más poderosa, de los *Descontentos*.

Vengamos ahora á ocuparnos de nuevo del desdichado monarca que regía los destinos de Francia en la época en que se desarrolla nuestra historia.

El municipio de París y el gremio de mercaderes habíale invitado para que honrase con su presencia y la de su corte una fiesta que debía darse con motivo del aniversario de cierta señalada victoria.

Enrique III habíase apresurado á aceptar la invitación; y aficionado siempre á las ridículas mascaradas, y deseoso de producirse ante su pueblo en forma tal que quedasen bien evidenciadas sus femeniles gracias de efebo, decidió vestirse de bailarina para figurar en un baile, arreglado expresamente como número saliente del programa, en compañía de sus miñones, igualmente vestidos de danzarinas.

De ahí que en la mañana de aquel día, 31 de marzo, se hubiese levantado muy alegre, ocupada su mente por sin número de figuras que proyectaba organizar y por no pocos proyectos de trajes policromos y vistosos.

Sentado en el centro de la habitación destinada á guarda-ropa, hacíase mostrar las telas más variadas, obligando á sus pajes á que se vistieran, para juzgar

del efecto, coruscantes faldas, cuerpos de casaquines de manga perdida, trajes de brocado con bullones, pliegues, polleras y enfaldes.

Era verdaderamente chocante el espectáculo de aquellas transformaciones, con las que los avispados adolescentes procuraban contentar el regio capricho poniendo una especie de emulación para andar desliziándose suavemente ó bien ondulando sin dejar de abanicarse, y coqueteando como mundanos persuadidos de que si lograban fascinar á su soberano éste les haría franquear con premura los escalones del favoritismo.

Mucho era lo que el monarca gustaba de tal espectáculo; sin embargo su satisfacción no parecía completa; el desfile de vivientes maniqués no lograba distraerle de una preocupación. ¿Cómo podía hacerse que, no obstante lo avanzado de la mañana, no se hallasen ya allí presentes sus habituales compañeros de placer? No se le ocurría pensar en un duelo siempre probable estando este prohibido por reales ordenanzas; no resultaba admisible la hipótesis de que contravinieran á ellas precisamente los más firmes sostenes del tono. No: los señores de su casa eran sin duda respetuosos de las leyes. Si no estaban allí, su ausencia debía atribuirse á otros motivos. Tal vez se hallaban disgustados con él y pretendían probárselo dejándole solo...

Enrique había oído hablar vagamente de cierta matrona poco escrupulosa, y de un establecimiento que la misma había abierto en el arrabal San German, para reunir en él, en alegre compañía, gentileshombres y



burgueses, gente de pluma y de espada. Pero no; sus miñones no acudían con seguridad á tal centro; pensar en ello era inferirles un agravio.

No encontraba á faltar al duque Rolando, por el cual nunca sintió un afecto verdadero. Habíalo agregado á su real casa más que por otra cosa por su deseo de aprobar de un modo tácito la sentencia del Parlamento que había hecho un duque del que fuera un vagabundo. Pero, repetimos, veía en Rolando una naturaleza muy diferente de la suya, y desconfiaba de él.

Cierta vez, en ocasión en que Rolando no se creía observado, el astuto hijo de la italiana sorprendió su mirada natural, y hubo de extrañarse no poco al descubrir en ella una verdadera ferocidad, que contrastaba con la placidez que sus ojos reflejaban en público.

En cambio había otros, como de Epernon, Quelus, Joyeuse y San Megrin, sin cuya compañía la existencia no tenía para él encanto alguno. Pues, ¿y Maugiron? ¡Maugiron, el hermoso rubio de pupilas fascinadoras, su predilecto, su favorito entre los favoritos!

En él y en sus compañeros pensaba el rey distrayéndose de su capricho de un momento antes, cuando un capitán de guardias penetró en la estancia.

— Señor...

— Hablad, señor de Bervic; ¿qué venís á anunciarme?

— Grandes desgracias, señor. Tres gentileshombres del duque de Guisa hanse batido en el Prado de los Clérigos contra cuatro señores de la casa de vuestra majestad...

— ¡Otro duelo! — exclamó colérico Enrique. —

¡Por la santa misa! ¿Habría necesidad de hacer un escarmiento? Pero vamos á ver qué misterio es ese... Me habéis dicho tres contra cuatro.

— Perdonad, señor. Iba á añadir que un cuarto personaje, por cierto desconocido, hubo de sumarse á las gentes de vuestro primo...

— ¡Ah! eso es otra cosa. La partida era pues igual. Siendo así, es de suponer que los meninos del de Guisa han llevado una buena lección.

— Se ha producido precisamente lo contrario, señor; — dijo el capitán, no sin cierto embarazo.

— ¿Cómo lo contrario? ¿No estaba el señor de Nemours entre los combatientes?

— Entre ellos estaba en efecto el primer gentilhombre de la cámara de vuestra majestad; pero... ha sido desarmado por dos veces.

El rey se levantó, iracundo y extrañadísimo; despidió á los pajes y costureros, y adelantóse hacia el oficial.

— Vamos á ver; — dijo — ¿he oído bien? Nemours, la mejor espada de mi corte, el rey de los refinados, se ha dejado desarmar?

El capitán de Bervic se inclinó, repitiendo:

— Por dos veces. Y si ha escapado con vida débese, según se dice, á cierto error que puso término al duelo.

— ¡Es increíble! ¿Y el nombre de su adversario?...

— Se ignora, señor; su adversario, el extranjero de quien hablé antes, es desconocido, aunque ofrece cierta particularidad...



— Tal vez la banda verde...

— No, señor; ninguna banda verde adornaba su traje de aventurero. En cambio en el sombrero, y á modo de penacho, lleva una rama de muérdago en flor.

Enrique III que se paseaba febrilmente debía hallarse preocupadísimo, como lo probaba el hecho de que no se acordase de mirarse en uno de los infinitos espejos dispuestos en la estancia.

Hubo un momento de silencio. Observando que este se prolongaba, el oficial, para romperlo, se atrevió á decir :

— Vine, señor, para anunciar á vuestra majestad grandes desgracias...

— Cierto; — exclamó Enrique. — La derrota de Nemours, si es que no está herido, ó lo está sólo levemente, afecta no más á su personal orgullo... Pero ¿y los demás? ¡Habládme de los otros, señor de Bervic!

— El señor capitán de la montería, señor, ha salido indemne.

— ¿Enhorabuena! Eso quiere decir que el bueno de Epernon conserva íntegro su físico...

— En cambio el señor caballero de la Rougie no volverá más por aquí; — dijo el capitán.

— ¿Du Gaz muerto? ¡Pobre! Ordenaré que se le hagan imponentes funerales.

— Si es que se logra encontrar su cuerpo.

— ¿Cómo? — exclamó el rey.

El capitán Bervic explicó :

— El cadáver del señor de la Rougie, á quien dió muerte el mismo espadachín que desarmara al señor

duque de Nemours, fué levantado del campo subrepticamente.

Los pómulos de Enrique III se cubrieron de lividez al oír estas palabras. Era tan inverosímil la noticia que no acertaba con los medios de expresar el efecto que producía en su ánimo.

Esto no obstante, el capitán de Bervic, que conocía bien al monarca, adivinaba la tempestad que rugía en su alma. Y aun á riesgo de provocar un ataque de nervios — porque el sensual Enrique imitaba á las mujeres hasta en sus debilidades — acabó de una vez con lo que tenía aún que decir, añadiendo :

— ¡Y el señor gran oficial del guarda-ropa vuelve de ese combate con un solo ojo!

Bien inspirado anduvo el capitán guardando para lo último tal noticia. Tanto era lo que creía en una segura explosión de su amo y señor, que insensiblemente había dejado de mirarle al comunicársela.

¿Cómo era que no oía nada? Sin duda el golpe no había sido tan rudo como él creyera...

Entonces se decidió á mirar á su regio interlocutor, y quedó helado de espanto.

Vió á Enrique III en pie, las pupilas dilatadas, deformado el rostro por contracciones nerviosas que se sucedían sin interrupción, sacudido el cuerpo tal vez por la fiebre, y apoyándose con ambas manos en el borde de la mesa cargada aún de todos los oropeles extraídos poco antes de los armarios. La respiración parecía faltarle. Bervic creyó que el rey se ahogaba.

¡Horror de horrores! ¡Una espada sacrílega habíase



atrevido á desfigurar el rostro exquisito de Maugiron!... ¡Desfigurar al más amado de sus favoritos, matarle tal vez!... ¡Privarle para siempre de uno de sus admirables espejos en que se reflejaba la ternura! ¡Convertir en feo á un galán que heredara la delicadeza de Endimión y la serena belleza de Narciso!...

La cólera blanca del rey confinaba con la apoplejía y hubiera sido de temer una catástrofe si la lengua regia no hubiese roto al fin como lo hizo la parálisis que la encadenaba. Entonces se produjo una verdadera erupción de palabras incoherentes entre las cuales sonaba distinto y con frecuencia el nombre de Maugirón.

Después llegó el sedante: las lágrimas.

— ¡Que se cierren todas las puertas de París! — ordenó. — Que los arqueros, alabarderos y gendarmes registren los domicilios, cerquen las calles y descubran cuanto antes al matador de du Gaz y traigan á mi presencia al agresor de Maugirón! ¡Habéis oído, Bervic? ¡Ah! y que se busque enseguida mi mago... ¡Quiero ver á Mammout cuanto antes!

— Estoy á vuestras órdenes, señor; — dijo una voz grave.

Al oírla, retrocedió instintivamente Bervic, quien no fué dueño de contener un estremecimiento.

Entre Enrique III y él acababa de interponerse un hombre de recio aspecto.

Permanecía inmóvil el recién llegado, cruzados los brazos sobre el pecho y en actitud más altanera que respetuosa.

Vestía un traje berberisco de color rojo. Los pliegues

de su albornoz y los abullonados del turbante parecían aumentar su ya elevada estatura; cuanto al rostro, quedaba oculto por un antifaz escarlata, á través de cuyos agujeros veíase brillar una mirada audaz y dominadora.

— ¡Maldito enviado del diablo! — pensó Bervic, encolerizado por haberse dejado sorprender. — La leña arderá sola para quemarle, de seguro. ¡Cualquiera es capaz de saber de dónde sale ni por dónde entra!

El rey, á la vista del hombre rojo, habíase dejado caer de nuevo en su butaca.

— Id, capitán, — dijo enseguida. — Que se cumplan mis órdenes sin retardo.

— ¡Esperad! — intervino el recién llegado. — Su majestad retira sus primeras órdenes para comunicaros otras nuevas que vais á oír.

— Es que... — quiso decir Enrique.

Y el mago prosiguió imperturbable:

— Que vais á oír. Nuestro señor Canciller hará fijar sin tardanza á la entrada de la Corte de los milagros un edicto en el que se dirá que nos abolimos los privilegios de la gran truhanería y prohibimos en adelante la mendicidad en todo el recinto de París. Esto con objeto de castigar á las gentes del argot que se han permitido oponerse por la fuerza á la captura del terrible esgrimista del Prado de los Clérigos.

El rey escuchaba absorto, y Bervic no daba crédito á sus oídos.

¿Cómo sabía todo aquello el mago? ¿Era verdad lo que parecía asegurar, ó era una invención suya?



Y como Bervic se mostraba indeciso, sin saber qué hacer, el hombre rojo le señaló la puerta.

— Ahora, id; — dijo.

De buena gana habríase negado el oficial á obedecer; se limitó sin embargo á consultar á su amo con la mirada.

— Obedeced, Bervic; dijo este último. — Mammout es encarnación de la sabiduría, y no se ha equivocado nunca.

No teniendo nada que objetar á estas palabras, el capitán se inclinó y abandonó la estancia.

Una vez cerrada la puerta, el mago rojo se quitó el turbante, dejando al descubierto un bosque de cabellos grises.

— Señor, — dijo siempre cubierto con el rojo antifaz y mirando con desdén los trajes insolentemente esparcidos por la estancia, — ya conocéis, por el señor de Bervic, el resultado del último duelo, acerca del cual no ha podido completar sus informes el capitán por la sencilla razón de que él no vió ni el principio ni el desenlace del combate.

— ¿Has asistido tú á él, descreído? — preguntó Enrique estremeciéndose.

— Sí, señor; escondido tras un matorral de espeso follaje. A mi derecha y á mi izquierda, ocultos como yo en sendos matorrales, estaban Abou-Nadarah...

— ¿El astrólogo de mi madre?

— Y Salem-Kebir.

— El físico de Villequier; — dijo el rey. — ¡Por el santo espíritu! ¿Qué hacían allí esos dos paganos?

— Lo mismo que yo, señor; espiaban, cada uno por cuenta de su amo.

— ¿Y qué es lo que tú sabes que Bervic ignora? — interrogó impaciente Enrique.

— Sé ante todo dónde se encuentra ahora Juan du Gaz.

— ¿Y no lo has dicho antes? ¡Habla! ¿Dónde se encuentra, dónde? Mis mejores jinetes saldrán en persecución de su raptor.

— Me parece de todo punto inútil; el raptor de ese cadáver, obedeciendo las órdenes dictadas por Salem-Kebir, lleva el cuerpo al Luvre.

— ¿Al Luvre? — preguntó inquieto el rey.

— Sí; esos despojos mortales deben ser conducidos secretamente á la morada del señor de Villequier; las vísceras servirán para ciertos experimentos de doble vista...

— ¡Calla, menguado! ¿Cómo ha de atreverse Luis á semejante profanación?

— Se atreverá, señor, porque quiere conocer lo porvenir; quiere saber si Janie de Goulaine lo amará de amor...

— ¡Pues lo haré ahorcar! — dijo Enrique.

— En ese caso vuestra majestad ignorará siempre dónde y cuándo ha de morir... En cambio, aprovechando la circunstancia de que otra persona introduce en el Luvre ese hombre muerto de muerte violenta, sería sumamente fácil...

— ¡Calla, calla, tentador! — exclamó Enrique estremeciéndose. — Tus sugerencias son verdaderamente



infernales. En realidad ¡ qué duda cabe! un rey de Francia es más que un hombre, y no puede alcanzarle el anatema que alcanza á un simple particular... de modo que si para saber á qué atenerme con respecto á mi suerte futura es de todo punto necesario autorizar ese sacrilegio... Sea; lo autorizo, y como si no hubiera dicho nada.

— Me parece una sabia decisión la vuestra, señor; — dijo el mago. — Por lo que hace al señor de Maugirón...

El rey tembló de nuevo.

— Dime... ¿ va á morir?

— Vivirá. El señor de Epernon lo ha hecho transportar á su propio Hotel situado entre las calles Platrière y de los Egipcios, y el mismo maestro Ambrosio Paré, cirujano de la Corte, se ha encargado de su curación. Podréis verlo antes de mucho.

¿ Su ojo está perdido?

Mammout el Rojo no contestó enseguida á esta pregunta. Su mano derecha habíase perdido bajo los pliegues del albornoz, como si sondeara las profundidades de ocultos bolsillos.

Enrique le miraba, acariciando con la mano la cabeza de un gato negro que ronroneaba de gusto.

La mano del mago apareció al fin, teniendo entre los dedos un papel hecho una bola.

— Señor, — decía al mismo tiempo el oriental — hame parecido que hacía bien no permitiendo que se extraviase esta joya.

El rey habíase apoderado del papel: lo desdobló y

contempló con asco una especie de bola, pequeña, húmeda, blanducha, arrugada como un huevo de lagarto.

— ¿ Esta joya? — repetía atónito. — ¿ Sabes que tu presente es repugnante en alto grado, mago del diablo? ¡ Habla! ¿ Qué significa esto? ¿ Qué perla es ésta?

El gato negro no experimentaba la misma repulsión que su amo por el objeto sospechoso; primero se estiró á conciencia, luego saltó á las rodillas de Enrique III, olió la bola, la hizo caer al suelo de un zarpazo, saltó hasta ella, y luego de darse el gusto de pelotearla un poco, acabó por engullirla.

El rey había seguido con atención, divertido, los movimientos del gato, riendo de buena gana, con su natural versatilidad de carácter, las locas cabriolas del felino.

— ¡ Buen estómago se necesita para digerir ese postre! — dijo riendo.

Mammout preguntó entonces con tono mordaz:

— ¿ Sabéis, señor, lo que acaba de comerse vuestro gato?

— Tú me has dicho que era una joya...

— Una joya desengastada... ¡ El ojo del señor de Maugirón!